

LA UNIVERSIDAD VENEZOLANA Y SUS DESAFIOS POLITICOS¹

Anibal Romero
(2000)

1

La amplitud del tema que me corresponde abordar requiere de varias precisiones. En primer lugar, me referiré a la Universidad venezolana en su contexto actual, generado por el masivo proceso de crecimiento de la educación superior venezolana las pasadas cuatro décadas. Estos han sido los tiempos de lo que podríamos llamar la “era del estatismo-petrolero” en nuestra evolución sociopolítica, una época en la que seguimos esencialmente inmersos.

En segundo lugar, con el término “desafíos políticos” abarcaré las interrogantes, aspiraciones y dilemas que conciernen a nuestra sociedad como un todo, en este momento histórico, con referencia a su supervivencia, unidad, y desarrollo civilizado, en el marco de realidades que caracterizan esta etapa de transformaciones globales. En otras palabras, lo “político” es entendido acá, en buena medida, en función de su significado en la filosofía griega clásica, como aquéllo que se refiere a la existencia de la *polis*, de la comunidad de ciudadanos, y a la preservación de sus valores y espacios para el diálogo. No deseo ubicarme de modo primordial en el terreno de la controversia política inmediata, sino más bien preguntarme qué requerimientos tienen hoy especial pertinencia en cuanto a la relación entre una institución, la Universidad, concebida como centro de producción y proyección del conocimiento, y nuestra sociedad en conjunto, ubicada dentro de un marco internacional sujeto a acelerados cambios.

Si hablamos de Universidad y conocimiento, todo ello desde la perspectiva esbozada, conviene como paso inicial determinar los principales rasgos de la situación internacional que hoy vivimos, así como sus efectos sobre nuestra sociedad. Esta indagación, unida al análisis de nuestra condición doméstica, nos permitirá esclarecer los desafíos que como sociedad enfrentamos, y ubicar la misión de la Universidad ante los mismos.

Somos testigos de extraordinarias transformaciones tecnológicas y socioeconómicas. De hecho, al intentar definir la naturaleza de la economía mundial, un reporte reciente de las Naciones Unidas se refiere a la intensamente competitiva “carrera global por el conocimiento” que le caracteriza.² De dónde proviene esta situación, y cuál es su significado? A mi modo de ver, existe una

¹ Discurso pronunciado en el Paraninfo de la U.S.B., el 10 de Octubre del 2.000, como parte del ciclo organizado por la Asociación de Profesores Jubilados, con motivo de celebrarse el aniversario de la Universidad.

² UNDP, **United Nations Human Development Report** (New York: UNDP, 1999), p. 57

estrecha relación entre el gigantesco progreso del conocimiento y su expresión tecnológica, el avance en nuestro tiempo del capitalismo y la democracia liberal, el fin del experimento estatista-socialista a gran escala, y la creciente brecha de bienestar que se abre entre cierto tipo de sociedades y el resto de las que integran el planeta.

Importantes estudios han mostrado que la crisis que hizo colapsar desde dentro el sistema soviético, tuvo su eje en la incapacidad del esquema estatista y su variante industrializadora para hacer posible la transición a un nuevo tipo de sociedad, es decir, a la sociedad informatizada. Siguiendo a Castells, entiendo por “estatismo” un sistema social organizado alrededor de la apropiación del excedente económico por parte de quienes detentan el poder del Estado, sistema que contrasta con el capitalismo, donde el excedente es apropiado por los que controlan las organizaciones económicas y sus millones de accionistas. El período final del siglo XX se ha caracterizado por el paso de la sociedad industrial a otro tipo de sociedad, la “sociedad interconectada” o “network society”, proceso impulsado por la revolución en la tecnología de la información.³ Es importante enfatizar que este proceso afectó tanto al sistema capitalista como al estatista. El primero, el capitalismo, ha logrado reestructurarse de manera fundamental, globalizando sus operaciones, multiplicando su capacidad de innovación, flexibilizando sus esquemas organizacionales y haciendo del conocimiento, cada vez más, una herramienta de prosperidad material.

Mas la revolución informática fue fatal para el sistema estatista. En la ex-Unión Soviética, ya en 1965, el gobierno decidió adoptar el modelo de computador IBM 360 como médula espinal de sus más importantes centros informáticos, debido a la imposibilidad de competir con los avances norteamericanos en la materia. A partir de ese momento, se ordenó a los servicios de inteligencia, como misión prioritaria, obtener por cualquier medio y llevar a la Unión Soviética como contrabando los diseños, equipos y software producidos en Occidente, a objeto de evitar lo que eventualmente ocurrió: la indetenible ampliación de una brecha tecnológica que tenía sus raíces profundas en el contraste entre dos tipos de sociedad y de sistemas económicos: De un lado, un sistema, el estatista-socialista, que fortalece al gobierno y empobrece a la sociedad, cercenando la libertad del individuo; de otro lado un sistema, el capitalista-democrático, que ahora más que nunca se sustenta en la diseminación de la información y en el aporte de muchos millones de individuos al desarrollo del conocimiento y su expresión tecnológica.⁴ En un sentido fundamental, y con base en las mencionadas experiencias, puede afirmarse que la sociedad informatizada favorece la democracia y la economía de mercado, pero condena a muerte al totalitarismo.

2

³ Manuel Castells, **End of Millenium**, Vol. III (Oxford: Blackwell, 1999), pp. 7-8

⁴ Ibid., pp. 29-30, 66-67

Mucho se ha escrito acerca del impacto del creciente proceso globalizador sobre el conjunto del planeta. No puedo detenerme en ello con el deseable detalle en esta charla, mas sí deseo aclarar varios puntos: No se trata, desde luego, que con el colapso del experimento soviético, la caída del muro de Berlín, la inequívoca hegemonía militar y tecnológica de los Estados Unidos, y la gradual expansión ideológica del modelo democrático-capitalista hayamos alcanzado el llamado “fin de la historia”. Sin embargo, es bastante evidente que la economía de mercado y la democracia liberal han mostrado fortalezas que pocos imaginaron, y que han echado por tierra las profecías apocalípticas de críticos tan brillantes, pero a la vez tan equivocados, como Carlos Marx, entre otros. Ya resulta bastante difícil negar que las sociedades organizadas en función de la economía de mercado, la democracia liberal, el Estado de Derecho y el equilibrio de poderes son las más capaces de generar bienestar material para el mayor número de sus integrantes, sin que ello implique considerarlas terrenos de utopía o infinita perfectibilidad.

No se trata, tampoco, de argumentar que el progreso material es el único o principal valor al que debemos rendir tributo. En un plano ético, un valor semejante no ocupa lugar privilegiado, y ciertamente, la experiencia humana a lo largo de la historia ofrece y ofrecerá muchas otras aspiraciones y propósitos, tanto individuales como colectivos, que enriquecen nuestra condición más allá del bienestar estrictamente material. Defiendo en tal sentido la diversidad de opiniones y de valores de sociedades y grupos humanos diferentes, cuya identidad propia debe cada cual proteger y reivindicar en paz. Ahora bien, si una sociedad concede importancia a su progreso material, y pareciera que los venezolanos así lo hacemos, no podemos cerrar los ojos ante las lecciones que se desprenden del colapso del estatismo socialista, y sus implicaciones para una sociedad que, como la nuestra, sigue aún enfrascada en un confuso debate sobre el sentido de su futuro rumbo histórico.

Por último, como habrán percibido quienes hayan tenido la paciencia de seguir mis pasos hasta este momento, no me he pronunciado en torno a si los procesos de cambio esbozados a nivel global son “buenos” o “malos” para todos. Es obvio que el surgimiento de la sociedad informatizada y el impacto de la globalización generan resultados contradictorios y profundos desequilibrios. Por una parte observamos un grupo de países que avanza incesantemente hacia nuevas cúspides de modernidad económico-tecnológica, en tanto que otros se estancan y otros más retroceden, constituyendo un “cuarto mundo” signado por el atraso, la pobreza, la enfermedad y la desesperanza generalizadas.

De hecho, el ascenso del capitalismo informatizado y global genera a la vez inclusión y exclusión, desarrollo y subdesarrollo, progreso y decadencia. Lejos de contemplar un mundo estático en este nuevo siglo, veremos una dinámica compleja, en la que juegan y jugarán un papel reacciones colectivas ante los cambios, que van desde la organización en masa de actividades económicas criminalizadas como el narcotráfico, hasta los fundamentalismos de distinto

signo ideológico y religioso, asumidos por los excluidos como armas empuñadas para defender otros valores, intereses, e identidades.

No estamos, pues, a las puertas del paraíso, y humanos como somos, jamás lo estaremos. Sencillamente, a lo largo de una historia de sombras y de luces, continuamos abriéndonos camino en medio de hallazgos, tropiezos, y perplejidades. Resta no obstante el consuelo de haber sido capaces de crear ciertos arreglos institucionales, y ciertas formas de organización socioeconómica, que abren espacios para la libertad individual, la prosperidad colectiva, y la convivencia civilizada, en un marco de leyes comunes para todos. Se multiplicará ese tipo de sociedad sobre la tierra, o predominará de nuevo el impulso colectivista y autoritario?

No lo sabemos. No sabemos tampoco si utilizaremos el conocimiento para matarnos o para salvaguardarnos como especie, para hacernos más civilizados o para retroceder a nuevas formas de barbarie.

3

Lo que sí sabemos es que en la economía y la política mundiales el conocimiento es un factor crucial,⁵ y que la institución universitaria en los países más avanzados está experimentando igualmente grandes transformaciones. Las universidades en las naciones desarrolladas se acercan en diversos sentidos al espíritu de las corporaciones, capitalizando el conocimiento y potenciando su productividad económica. En palabras de Henry Etzkowitz, “A medida que el conocimiento científico se traduce en ingresos, la ciencia misma se transforma. De ser un proceso cultural que consume el excedente de la sociedad, pasa a ser una fuerza productiva que genera riqueza a partir de un aspecto de la cultura.”⁶ A medida, en otras palabras, que las universidades generan más crecimiento económico, su imagen de “torres de marfil” se debilita, y surge en su lugar una especie de agencia multidisciplinaria, tanto teórica como práctica, dedicada a la investigación y el desarrollo, que a su vez se plasman en progreso para sus sociedades. A medida también que la investigación científica se traduce en más empresas y empleos, la Universidad estrecha sus lazos con corporaciones y gobiernos, y se convierte junto a éstos en una de las instituciones medulares de la sociedad informatizada.⁷

De modo que los que han venido anunciando el fin de las universidades parecieran haberse equivocado; pero tampoco están teniendo éxito quienes pretenden que la institución universitaria se mantenga en su concepción medieval. La Universidad está cambiando, y si bien algunos puristas arremeten contra la gradual incorporación de las universidades al universo productivo,

⁵ Sobre este punto, véase, Nazli Choucri, “Cyberpolitics in International Relations”, *International Political Science Review*, 21, 2000, pp. 258-259

⁶ Henry Etzkowitz, “The Entrepreneurial University and the Emergence of Democratic Corporatism”, en: H. Etzkowitz & loet Leydesdorff, **Universities and the Global Knowledge Economy** (London & Washington: Pinter, 1997), p. 143

⁷ *Ibid.*, p. 152

argumentando que este viraje corrompe el propósito original de un conocimiento desinteresado, destruyendo además la perspectiva de las humanidades y ciencias sociales, todos sabemos que es precisamente en las grandes universidades de los Estados Unidos y Europa Occidental —en particular- donde también se encuentran los mejores recursos para el avance de esos quehaceres intelectuales.

De manera que no es cierto que la Universidad productiva cercena el conocimiento humanístico, sino que por el contrario garantiza su supervivencia. Ello ocurre así no solamente porque las universidades económicamente prósperas tienen el músculo financiero necesario para adquirir libros, archivos, y revistas especializadas y conservarlas, contratar los más brillantes docentes y atraer los estudiantes más promisorios. Aparte de todo esto, la creciente independencia económica de las universidades productivas les posibilita preservar espacios de independencia y auto-gestión frente a gobiernos y corporaciones, espacios que siempre están amenazados en contextos como el nuestro, donde las universidades públicas dependen casi por completo de un Estado financieramente frágil y políticamente caprichoso.

Cómo se insertan nuestras universidades nacionales en este marco de transformaciones? Cómo están respondiendo nuestra sociedad y sus centros de conocimiento ante los retos planteados? Richard Rosecrance ha hablado de una división entre naciones que están a la cabeza y diseñan productos, como los Estados Unidos y varias de Europa Occidental, y naciones “cuerpo” que de manera prioritaria los manufacturan.⁸ Nosotros no somos ni una cosa ni la otra; seguimos siendo una nación extractiva o minera, que vive de la explotación de un recurso no renovable cuyo impacto permea la totalidad de nuestra existencia, tanto en un plano material como espiritual. En lo material, el petróleo asfixia nuestro impulso productivo, tecnológico, manufacturero y agrícola; en lo espiritual, el petróleo pareciera haber asfixiado nuestra capacidad de aprendizaje colectivo.

Una sociedad aprende creativamente cuando entiende y asimila sus errores, y asume otras vías para adaptarse a nuevas circunstancias. Una sociedad aprende patológicamente cuando en lugar de comprender sus errores y corregirlos, persiste en ellos y los refuerza, acrecentando los mismos problemas con el uso de las mismas falsas soluciones.

Una rápida ojeada a nuestra historia estatista-petrolera indica sin lugar a dudas que la sociedad venezolana ha experimentado un reiterado proceso de aprendizaje patológico. Un ejemplo especialmente ilustrativo lo constituye el retorno reciente al delirio petrolero. Veinticinco años más tarde, dos décadas después de aquéllos tiempos en que nos sentimos amos del mundo y exigimos un “Nuevo Orden Económico Internacional” a raíz del primer “shock petrolero”, retornamos hoy a los mismos argumentos, los mismos mitos, las mismas

⁸ Richard Rosecrance, **The Rise of the Virtual State. Wealth and Power in the Coming Century** (New York: Basic Books, 1999), p. 11

acusaciones contra los países ricos, las mismas pretensiones de llevar nuestros intentos de control económico interno al plano global, sometiendo los mercados a “acuerdos” que no podrían ser otra cosa que ilusiones efímeras.

Desmantelados ya los escenarios, abandonadas las lujosas suites hoteleras, recogidas del piso las migajas restantes de los opulentos banquetes, disipados en el aire los ecos de interminables discursos y declaraciones, la verdad triste es ésta: nada de lo acontecido estas pasadas semanas en Caracas representa ganancias en nuestras actitudes fundamentales hacia el trabajo, el ahorro, el respeto a las leyes, la protección de la libertad, y el impulso a la productividad y la competitividad colectivas. Al contrario, la tendencia es la de siempre: aumentar los ingresos petroleros en manos del Estado, reforzar su poder, que se extiende sobre todos nosotros, acrecentar el mando de las personas, o de una sólo de ellas, en desmedro de las instituciones, y agudizar, en síntesis, nuestra dependencia económica, sujeta a los vaivenes de un único recurso, y nuestra subordinación política, sujeta al cada día más afianzado poder del gobierno de turno.

Son ya muchos años y el aprendizaje ha sido casi nulo. Somos una sociedad estática que da vueltas en círculo. Continuamos buscando soluciones en la profundización de los errores de costumbre. Cabe recordar que ya hubo una “Gran Venezuela”, al menos en nuestra imaginación, y cabe recordar también su final fatídico. En lugar de cambiar de rumbo económico, en un país hondamente estatista, acusamos a un fantasmagórico “neoliberalismo salvaje” de nuestros males; en lugar de fortalecer las instituciones y las leyes, en un país en el que éstas siempre han sido frágiles, contribuimos a la personalización del mando; en lugar de exaltar nuestras tradiciones civilistas, la limitación del poder, la protección de las opiniones minoritarias y el Estado de Derecho, privilegiamos el militarismo y el espíritu castrense así como los impulsos hegemónicos de los que ahora detentan el poder; en lugar de acercarnos a las naciones avanzadas y emular de ellas lo mucho que de positivo pueden enseñarnos, reivindicamos revoluciones fracasadas, acogemos con beneplácito el abrazo de dictadores sanguinarios, y presumimos que nuestro petróleo es una especie de unguento refrescante para las naciones pobres, cuando en realidad es otro peso que éstas sobrellevan sobre sus debilitados hombros.

Uno se pregunta: qué explica tan notable capacidad de autoengaño colectivo? Mi conjetura es que los venezolanos padecemos de una severa crisis de autoestima, alimentada por el severo contraste entre la superficial historia que se nos enseña, limitada a glorificar un deslumbrante heroísmo, y las realidades cotidianas de un masivo empobrecimiento. A ello se suma la extendida creencia de que la riqueza es algo que ya existe y sólo requiere distribuirse, y no algo que debe producirse con trabajo creador. Somos ricos, creemos, porque habitamos un territorio provisto de recursos naturales. Olvidamos que otros viven mucho mejor, a pesar de que sus territorios carecen de todo excepto de gente con la voluntad de superarse y las ideas y actitudes necesarias para ello. Muchos siguen convencidos de que la riqueza es algo que ya está allí y sólo debe

distribuirse con justicia, mas la verdad es que la riqueza debe crearse, y su fuente esencial es el conocimiento.

4

Las universidades, como centros de producción y divulgación del conocimiento, no pueden eludir su responsabilidad ante el conjunto de la sociedad, porque del rumbo de la sociedad depende igualmente el rumbo de las universidades. En un medio empobrecido, material e intelectualmente, las universidades padecerán también de los males colectivos, a menos que intenten aislarse y dar la espalda a la sociedad. Si lo hacen, más temprano que tarde la sociedad les hará pagar por su miopía y egoísmo, más aun en circunstancias como las nuestras, caracterizadas por el enorme poder del Estado y la dependencia financiera de las universidades públicas.

En este orden de ideas, cabe hacer tres señalamientos con relación a nuestras universidades del período estatista-petrolero: En primer término, si bien con frecuencia nos quejamos, y no sin razones, por el descuido del Estado, no podemos negar que en el contexto de penuria y atraso de nuestro sistema educativo las universidades han ocupado y siguen ocupando lugar privilegiado, en tanto se acrecientan las desproporcionadas diferencias que nos separan del raquítico preescolar, de la patética primaria, de la secundaria enferma y de la casi inexistente educación técnica.

En segundo lugar, y sin menoscabar los aportes realizados por las universidades al graduar anualmente miles de profesionales capacitados y generar importantes investigaciones científicas en su seno, cabe preguntarse si no es hora de revisar a fondo nuestras prioridades, sobre todo en un marco de evidente deterioro social y aumento exponencial del desempleo y la informalidad económica. Cuáles carreras deben limitarse y cuáles deben ser potenciadas?, es tan sólo una de las preguntas que debemos afrontar con lucidez y determinación.

En tercer lugar, no es mucho lo que puede decirse de positivo en cuanto al esfuerzo de las universidades para contrarrestar el rentismo y el parasitismo que asfixian a nuestra sociedad. Por el contrario, resulta entristecedor constatar que no pocos docentes e investigadores de nuestras universidades públicas — algunos ya colocados en posiciones de poder político— llevan la voz cantante en la promoción de ideologías colectivistas y autoritarias, en la reivindicación de experimentos sociales obviamente nefastos y fracasados en nuestro propio hemisferio y más allá, y en la diseminación de un culto caudillista y militarizado que nos revierte a etapas históricas de ingrata y cruel memoria.

No quiero generalizar demasiado, pues sería injusto hacerlo. Mas sí deseo enfatizar que a mi modo de ver el sector universitario tiene ante sí un fundamental desafío político y ético. En cuanto a lo primero, tenemos que contribuir a que la sociedad venezolana en su conjunto abandone el esquema estatista-rentista y se haga una sociedad productiva, capaz de satisfacer, mediante el trabajo, el ahorro y la responsabilidad individual de sus miembros,

los anhelos de prosperidad de todos. Esto requiere un redimensionamiento del sector universitario, en el contexto de un profundo cambio del sistema educativo de acuerdo a ideas modernas y verdaderamente democráticas, y no en función de ideologías totalitarias. En cuanto a lo segundo, es nuestro deber ético realizar esos cambios preservando un clima de plena libertad académica y de autonomía en el manejo de nuestros asuntos internos.

Oscuros nubarrones se perfilan en el horizonte universitario venezolano, en estos tiempos de estremecimiento sociopolítico. Puede constatarse una gradual pero inequívoca tendencia del nuevo poder establecido orientada a copar los espacios sociales, uno a uno, en una dirección corporativista, todo ello guiado por la ambición de controlar la sociedad y de limitar y hasta suprimir la disidencia.

Se trata, insisto, de un proceso, cuyos signos son no obstante bastante claros y carentes de ambigüedad. Ante semejante amenaza, los universitarios tenemos que estar alertas, y defender con inquebrantable firmeza los principios de libertad académica y gobierno institucional autónomo que tanto valoramos. En particular, para la Universidad Simón Bolívar se plantea el desafío de defender un modelo que ha sido en lo esencial exitoso, pero que es visto con recelo por los ideólogos de un mal entendido igualitarismo, tan demagógico como pernicioso.

Ahora bien, la Universidad Simón Bolívar, como el resto del país, no puede permanecer estática. Por una parte, tenemos que proseguir el camino hacia una cada vez mayor productividad intelectual y material, asegurar que nuestros profesores reciban el adecuado beneficio de sus aportes, y que éstos no engrosen los defectos de una administración gerencialmente poco eficaz. En tal sentido, recuerdo lo ya indicado acerca de la relevancia de la independencia financiera como mecanismo para contener las presiones políticas sobre la institución universitaria. Conviene enfatizar, igualmente, que nuestra Universidad Simón Bolívar ha obtenido logros significativos en cuanto a la creación de mecanismos innovadores para acrecentar la productividad de sus recursos humanos. Esos logros deben defenderse y multiplicarse, asegurando, repito, que los investigadores y sus laboratorios reciban el reconocimiento y los estímulos que su labor merece.

Por otra parte, es imperativo que nuestra Universidad Simón Bolívar no persista en el error que condenó a los partidos políticos tradicionales, los de la llamada Cuarta República, a la decadencia y el eventual fracaso. Me refiero a la ausencia de un normal y sano proceso de renovación del liderazgo a distintos niveles, incluyendo los más elevados, renovación que es factor crucial para garantizar la continuidad y fortalecimiento institucional. Estudiemos lo ocurrido con esos partidos políticos. Observaremos sin dificultad que en ellos se produjo una grave patología, mediante la cual unos pocos individuos se aferraron por décadas a sus posiciones a la cabeza de esas organizaciones, represando el relevo generacional, obstruyendo el paso a los más jóvenes, eliminando los estímulos

para el crecimiento de nuevos líderes, conduciendo así finalmente al ocaso a instituciones que tal vez pudieron alcanzar un mejor destino.

5

Creo que debo ya aproximarme a una conclusión. Para ello quiero preguntarme: Seremos capaces los venezolanos de entender los retos de este nuevo tiempo y de este nuevo mundo? Seremos capaces de asumir el único camino que puede hacernos avanzar hacia una mayor prosperidad para la mayoría, con la posibilidad de que sea para todos? De derrotar la servidumbre mental que nos amarra al subdesarrollo? O vamos a empeñarnos en suponer que existe otra vía distinta a la de la libertad para los individuos, la democracia representativa y la economía de mercado, en un marco de leyes comunes para todos, con un gobierno limitado y un Estado de Derecho eficaz? Seremos capaces de superar los mitos populistas y madurar como ciudadanos autónomos, respetuosos del pluralismo y apegados a las leyes?

Afirmo con plena convicción que a pesar de las enormes dificultades que una sociedad rentista enfrenta para salir del subdesarrollo económico y el atraso político, conservo una inquebrantable esperanza en las respuestas que puedan formular a estas interrogantes las nuevas generaciones de venezolanos. A lo largo de más de dos décadas de experiencia docente en esta Universidad, he podido comprobar que en nuestros jóvenes existen importantes reservas de entusiasmo y creatividad, y que mientras esas reservas perduren es razonable mirar con optimismo el porvenir.

En ellos, en nuestros jóvenes, en las nuevas generaciones de venezolanos deposito mi confianza, y sé que al hacerlo interpreto los sentimientos de mis colegas aquí presentes. Ellos, nuestros jóvenes, son portadores de una llama de esperanza; se deben al esfuerzo de las generaciones pasadas, con sus aciertos y desatinos, y tienen un deber moral con las generaciones venideras. Aprendan de nuestros errores y no los repitan. Aprendan, también, de nuestros logros, por modestos que éstos sean. No defrauden a Venezuela. Y que Dios les ilumine.